

# Los hermanos Vivanco

## DÁMASO MURÚA

En Zumbadores, villorrio sureño que cruza el Río Vacón, dejaron fama muy escrita y consagrada, aquellos Hermanos Vivanco. Uno, se llamaba Pablotas y el otro, Juventino. Los llamaban con ese apellido, por la Sara García y la Prudencia Griffel, peliculeras abuelas del cine mexicano.

Pablotas, garigoleaba fundas de cuero para caguallanas y cuchillos anchos con qué matar caguamas. Además, cobraba cheque municipal, porque cuidaba el sueño tumultuoso de los muertos del Camposanto Juárez. Tenía fama de temerario y era gran bailarín de cumbias que tocaban en el cabaret de la calle Mina.

Juventino, era de su misma edad, pero más enamorado porque tenía ocho hijos, seis mujerzotas lindas y dos machines que se fueron a estudiar matemáticas a Culiacán. Los dos, todos los días, a partir de las diez de la noche, entraban al Bule, uno luciendo pañuelo colorado en el cuello (“pa que no se me noten los bilets...”) y el otro, Juventino, calzando un sombrero suizo que su hijo le mandó desde Tepic.

Eran los tiempos del Chuparrosa Memo, gran bailarín bien torneado de sus caderas, que también danzoneaba vibrando con los discos negros de una rockola lucerosa. “Los tres son del mismo equipo, nomás calientan como cautines, a las socialistas del amor”, dejó dicho El Gorupo Santos, un día que vomitó cervezas piernudas que trajeron de Mazatlán.

El Güinas Aguirre, envidiaba mucho a Pablotas. “Yo quiero ser como él, cuando ya me rechinen las rodi-

llas”, le informó al psiquiatra que servía mezcales, un día que anduvo desbielado por una suripanta de Los Mochis. Y en cambio, la Garrapata Maldonado, quería que el Cacharpas Arrearán, la convidara al cuarto, para reponerse de las intensas sequías amorosas que padecía. Como era tuerta con parche y usaba antiestética pata de palo, casi nunca la elegían ni por “cachuchazo” que ofreciera ella. Eran los tiempos de la guerra, que dejó sin olotes maiceros al pueblo, y entonces Cachuy Polanco, hizo su agosto sacando los sacos de yute que tenía amontonados en chapil muy gordo.

A Pablotas Vivanco, le salió un nieto muy retobado por las faldas, y del cual presumía mucho, aquel aprendiz de sepulturero que ni Shakespeare se imaginó en su Hamlet. El nieto, espiritifláutico y fafalayo, se robó ocho mujeres llevándoselas en bicicleta y dos en un burro muy alcahuete que como que sabía las hazañas del Pirul Vivanco. Bramaba el asno, cuando cada muchacha suspiraba en la silla que le forró Pablotas.

Pero la fama regional de Juventino y del mentado “fundero” de cuchillos, nunca la afectaron las charlas de las nenas de la calle Mina. Si bien nunca “entraron al cuarto de ninguna de ellas”, los escasos veintes de níquel, que les pegaban por bailar, eran suficiente sueldo. Los dos viejitos, danzaban mejor que Fred Astaire y Gene Kelly. Hombre, más que bailando mambo el Calloyín Hernández, quien era campeón del Pérez Prado.

Primero, se petateó el Pablotas después de cenar gorditas con pollo con la Paula Sedano. A los dos meses, Juventino, parece que se animó a hacerle los honores carnales a la Garrapata Maldonado, pero se quedó duro, en la suerte. La de la mala suerte era la mujer, contaron en el mercado, frente a la carnicería de Manuel Alzate.

Pero la fama de los Vivanco, todavía sigue muy perpetua en la memoria de los habitantes de Zumbadores. Yo no miento, pues. ■